

# CARAS y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTISTICO Y DE ACTUALIDADES

CARLOS CORREA LUNA  
DIRECTOR

JOSÉ S. ÁLVAREZ  
FUNDADOR

AÑO X

BUENOS AIRES, 16 DE MARZO DE 1907

JOSÉ M. CAO  
DIBUJANTE

N.º 441

Muy puesto en razón



— ¡Es incalificable, señor White, lo que han hecho de mi estatua de del Valle! Ni con 50.000 pesos me pagan el brazo que le han roto.

— No me parece, señorita. Nosotros, en el ferrocarril del Sur, pagamos bastante menos.

Do. de Cao.



A los tres meses de fallecer su marido, Celia encontróse en la más angustiosa situación: todos los recursos se le habían concluido y ella no sabía hacer nada, nada que pudiera proporcionar el pan á sus hijos.

Cuando se casó era muy joven, casi una niña. Claudio la adoraba, continuaba los mimos maternos, y derrochaba la salud en el abominable oficio de periodista á fin de ganar lo suficiente para que su mujercita le perdona el crimen de no haberse hecho rico, de no poder ofrecerle todas las comodidades y todos los lujos. Celia no sabía coser, no sabía cocinar, no sabía hacer nada... Sí, sabía hacer platos de repostería y monerías á su esposo, que idolatraba.

Cuanto el periodista ganaba, se iba, gastado con alegre imprevisión de enamorados y de artistas. Y ahora, agotado el crédito, sin un centavo en casa, Celia lloraba amargamente, retorciendo con rabia sus lindas manitas inútiles, pensando en la suerte de sus hijitos más que en la suya propia. ¡Sus hijitos!... Juan, el mayor, contaba ocho años; Adolfo tenía cinco, Leonor tan sólo tres!... ¡Cómo continuaría ella la esmerada educación que Claudio había empezado á dar á su primogénito!... Y... ¡cómo les daría de comer á todos!... Y en caso de hallar medios, medios miserables, sus hijos no podrían aspirar jamás á vivir en el medio en que habían vivido sus padres, en que hubieran vivido si la muerte no hubiese dejado la miseria al llevarse prematuramente al jefe y sostén de aquel hogar.

Pasó un mes más, en medio de estrecheces y vergüenzas; de vergüenzas sobre todo, soportando las groserías del almacenero, del carnicero, del panadero, que se cobraban así los artículos de desperdicio que le fiaban; sufriendo los comentarios hirientes de las mujeres del barrio, que siempre la habían odiado, porque era bonita, porque era feliz, con el cariño de su marido y de sus hijos.

Una noche, después de la cena misérrima, cuando Juan jugaba en la calle y los pequeños dormían ya, Celia, con los codos apoyados en la mesa, sollozaba. Eran más de las nueve. En eso llamaron á la puerta, sobresaltando á la viuda infeliz. ¡Quién podría ser?... ¡Algún amigo?... ¡No!... Claudio había tenido muchos amigos, una infinidad de amigos de todas las categorías sociales; pero todos murieron con él: las viudas de los periodistas pobres no tienen amigos.

Como volvieron á golpear, se levantó, fué á abrir. Al conocer al visitante, tornóse lívida: era don Andrés, el propietario, á quien debía tres meses de alquiler. ¡Vendría á intimarle desalojo?... ¡Lo único que le faltaba!...

Sin embargo, don Andrés, — un personaje grueso, gordo, rubicundo, vestido con afectación, — saludó muy amablemente.

— Buenas noches, señora... ¡la incomodo!... ¡Como es un poco tarde!...

— ¡Qué esperanzas!... ¡pase adelante! — replicó Celia algo reconfortada.

Pasaron al comedor. En silencio, se sentaron uno frente á otro. Don Andrés, con las gruesas piernas abiertas, los dedos arrugados sobre el abultado abdomen, inventarió con rápida ojeada la pieza que empezaba á quedar desguarnecida. Después, enredando sus gruesos dedos con la no menos gruesa cadena de oro que le cruzaba el pecho de hércules, dijo:

— Y... ¡cómo le va, doña Celia!...

— Ya lo ve, don Andrés... bastante mal... y tan avergonzada de no poderle pagar ahora el alquiler...

— ¡Bah!... No hay apuro...

— Es que... sabe... por el momento... pero... más adelante yo... yo espero, tengo que...

— ¡Piensa recibir algún dinero!...

— Sí, es decir, no... quiero decir, sí... lo que la situación cambie...

La pobre mujer se embarullaba cada vez más, mientras el propietario sonreía socarronamente, sabiendo demasiado á qué atenerse.

— Y bueno, — dijo — hay que tener paciencia; por el alquiler no se apure.

— ¡Oh! ¡qué bueno es usted! — exclamó la viuda tomando las manotas del personaje entre sus lindas y blancas manos.

— No llore, no hay que llorar, — respondió don Andrés con toda calma. — Todo se arregla en la vida, sabe, cuando se tiene juicio y se piensa sin fantasías...

Desde aquella noche empezó para Celia el más horrible de los tormentos. Don Andrés la visitaba insistentemente, trayéndole siempre algún regalito insignificante. Una vez en que estando él allí llegó el carnicero con la cuenta amenazando con no dejar más carne si no la abonaban en seguida, el casero se indignó.

— ¡No gritar tanto por una porquería! Traiga, yo lo pago...

— ¡Don Andrés!...

— Deje, deje, doña Celia.

Y pagó...



Durante dos meses, el propietario, no sólo olvidaba pasar el recibo del alquiler de casa, sino que costaba los gastos ínfimos de aquel miserable y atormentado hogar. Empero, ¡lo que le costaba á Celia semejante magnanimidad!... Aquel hombre vulgar y grosero, cuya existencia había estado consagrada á hacer fortuna, sentía hervir sus cincuenta años de abstinencias, sentía desdén por su vieja mujer, fea, consumida en larga labor de bestia y codiciaba aquella mujercita linda, fresca, agradable, puesta á su merced por los caprichos de la suerte. Ella comprendió de inmediato el porqué de las bondades del protector. Naturalmente, honesta, se indignó, tuvo tentaciones de cerrarle la puerta... pero... ¡y los chicos!... Sin conceder nada, esperaba salvarse con sabias coqueterías. Cuando se veía en aprietos — y era todas las noches, — se levantaba gritando:

— ¡Pero este Juancito, que no viene todavía!... ¡Juancito, Juancito!... ¡Ya es hora de entrar!...

Y Juancito entraba, imponiendo con su presencia el respeto. Don Andrés salía, ocultando su rabia y más encaprichado que nunca.

Una noche entró radioso:

— He encontrado un empleo para Juancito — dijo.

— ¡Un empleo para Juancito! ¡Es posible, tan chico?... ¡Ganará muy poco!...

— Puede sacar hasta sesenta, setenta pesos al mes.

— ¡Es posible!... ¡Y en qué!

— Vea: el patrón del restaurant Moderno, es mi amigo, y me prometió tomárselo para llamar los coches cuando salen los clientes, ¡sabe!... El trabajo es poco: va á las seis...

— ¡De la tarde!...

— Sí; pero hasta las tres, no más.

— ¡Hasta las tres de la mañana!

— Sí.

Celia ocultó la cabeza entre las manos y rompió á llorar, comprendiendo la diabólica combinación de don Andrés.

— ¡No llore, pues!... ¡Yo la quiero proteger!...

Ella irguió la cabeza y exclamó con rabia:

— ¡Mi protector!... ¡Mi protector, arrancándose á mi verdadero protector!...

Después, echando una mirada hacia la pieza recia donde dormían los pequeños, dijo:

— ¡Sea!... ¡Los pobres no tenemos ni siquiera el derecho de ser honrados!... ¡Gracias, mi... protector!

Javier de VIANA